La ira que aquellos poetastros no podían entonces desahogar sobre el público maligno, descargó sobre el inocente autor de la comedia.

—¡Es un bufón!—decían.

—Es un judío, y obra como tal;—añadían otros.

—Bien se descubre el rabo de sus malas creencias al través de sus intencionados chistes...

—Y después de todo, esto no es más que una mala copia de un célebre escritor español;—decía un tercero en voz alta y campanuda para que llegase á los oídos de la multitud, que se apiñaba á las puertas de la botillería durante el entreacto.

Bajaban de sus *aposentos* los señores inquisidores, y un escritor mal intencionado, llamado Lobo Correa, se atrevió á decir:

—En efecto, asoma el rabo del judío en muchos lugares de la comedia; y es que se va olvidando el autor de que existen en Portugal vigilantes centinelas de la fe, que ya en otra ocasión le obligaron á la abjuración *de levi,* por haberse burlado de doctrinas sustentadas por autores católicos!!

No lo dijo á sordos. Al día siguiente estaban sobre la mesa del Calificador del Santo Oficio todos los escritos del poeta dramático autor de la comedia *Do Grande Don Quixote é do gordo Sancho Panza*, y se comenzaba una información secreta de su vida y costumbres, que andando el tiempo produjo funestos resultados.

Veamos lo que averiguó la Inquisición.

II

Antonio José de Silva, que en aquella sazón ejercía ya con crédito la profesión de abogado en la ciudad de Lisboa, era hijo de otro notable jurisconsulto, Juan Méndez de Silva, y de su legítima esposa Lorenza Coutinho.

Había nacido en Río Janeiro en el año 1705, y allí corrieron tranquilos los primeros años de su existencia, dando singulares muestras de felicísimo ingenio y disposiciones nada comunes para todo género de estudios.

Trasladada á Lisboa la familia, ya en el año 1726, era Antonio José bachiller en leyes por la Universidad de Coimbra, donde en la temprana edad de veinte años había llamado la atención por su claro entendimiento, su aplicación extraordinaria, y más que nada por su carácter franco, alegre, jovial y decidor, que le había granjeado muchos y buenos amigos. Estas mismas condiciones de carácter le trajeron muy luego un grave disgusto.

Ejerciendo la abogacía con asiduidad al lado de su padre, iba adquiriendo buen concepto como jurisconsulto entre los más principales señores de la nobleza, y graves y doctos magistrados; al paso que por sus aficiones literarias y la oportunidad de sus composiciones poéticas, era recibido con especial agrado en todas las reuniones de la capital.

Entre los nobles que con mayor amistad le distin-

guían y más se gozaban en su ameno trato, figuraba el cuarto Conde de Ericeira, don Francisco Javier de Meneses. Refiere uno de los más apasionados biógrafos de Silva *(Camilo de Castello-branco)*, que entrando éste un día en la biblioteca del Conde, que era una de las más escogidas y preciosas de Lisboa, encontró en ella á un cierto Bartolomé Lobo Correa, literato de escasa valía, y antipático además por las condiciones especiales de su carácter. Entre los libros del Conde tropezó Silva con uno, titulado *Centinela contra judíos, puesta en la torre de la Iglesia de Dios* (1), traducida del español al portugués por el padre del Lobo Correa; y tomándolo en las manos se propuso mortificar á aquél, haciendo reir á su costa al P. Luis Alvarez y á Francisco Javier Oliveira, que se hallaban presentes, sacando á plaza algunas de las muchas necedades que el libro contenía.

El mentado biógrafo del poeta describe con sin igual donaire, con gran fuerza cómica, la escena de la biblioteca, origen de todas las desgracias de aquél. Oigámosle.

---

(1) Este libro, publicado por vez primera en 1674, tuvo cuando menos la fortuna de ser doce veces impreso hasta el de 1736, fecha de la edición que tenemos presente, hecha en Madrid por Pedro Josef Alonso y Padilla. Se titula: *Centinela contra judíos puesta en la torre de la Iglesia de Dios con el trabajo, caudal y desvelo del P. Fr. Francisco de Torrejoncillo, Predicador jubilado de la Santa Provincia de San Gabriel, de Descalzos de la Regular Observancia de nuestro Seráphico Padre San Francisco.*

Salvá cita una edición de Barcelona, 1731, y otra de Pamplona, 1671.

—¡Oh, Francisco Javier,—dijo Antonio José de Silva,—ya encontré un libro que es alhaja, traducido aquí por el padre del Sr. Bartolomé!» *¡Centinela contra judíos...!*

—¡Oh! ¡Oh...!—exclamó riendo el P. Luis Alvarez;—esa es una obra que hace cosquillas en los piés á cuantos la lean.

—¿Y por qué razón...?—preguntó algo avispado y sospechoso el hijo del difunto traductor.

—¿Por qué?,—repuso el Padre;—porque es obra llena de sandeces, inmoralmente puerca y torpe.

. . . . . .

Silva abrió el libro al acaso, leyó en voz baja algunos renglones, y dijo:

—Díganme vuesas mercedes si la inmortalidad no les parece mezquina y pequeña recompensa para un libro donde se leen estas cosas; ¡atención!:—«*Si los hombres pusieron cuidado en señalar á los judíos para que fuesen conocidos por sus traiciones, no menos cuidó Dios de señalarlos, para confusión suya y castigo de lo que merecieron sus antepasados. En algunos no son muy patentes las señales que por su maldad pone en ellos la naturaleza; pero en otros se ven claras y evidentes sin que pueda su cuidado zelarlas y ocultarlas á las gentes. Digo, pues, que hay muchos señalados por la mano de Dios después que crucificaron á su Divina Majestad; unos...*»—¡Fíjense en esto! —exclamó Antonio José, interrumpiendo la lectura. —¡Fíjense en esto para aumento de la Historia Na-

tural, y en honra del Lobo muerto y del Lobo vivo! —Y prosiguió leyendo:

«*Unos tienen unas colillas ó rabillos que le salen en su cuerpo de el remate del espinazo; otros echan y derraman sangre...*» (1).

—¡Alto ahí!—interrumpió el P. Alvarez.—Hay señoras en la habitación inmediata: el que quiera leer el resto de esa inmundicia hágalo en secreto...

—Yo lo he leído ya,—dijo Oliveira, llevándose la mano á la nariz,—y eso exhala vapores de cloaca.

—Y según esto,—repuso Silva,—¿está vuesa merced persuadido, Sr. Lobo, de que algunos judíos tienen rabos que les nacen del remate del espinazo?

—Lo estoy; sí, señor.

—¿Y viólo tal vez con sus propios ojos, tan vivos y penetrantes? Ahora veo yo también que no es mentiroso el refrán que dice que los sabios meten la nariz en todo. ¡Cuánta investigación por lugares tan poco frecuentados ha hecho su nariz de usted, sabio Don Bartolomé! . . . . . .

. . . . . .

—¿Qué libro lee nuestro moderno Gil Vicente?—dijo entrando el Conde de Ericeira.—¡Ah!... *Centinela contra judíos*... Ese es un libro notable, que prueba el adelanto de la Historia Natural en España. Habla ahí de unos rabinos...

(1) En la edición española se encuentra este pasaje á la página 168.—En la traducción de Lobo Correa, edición de 1684, está en la pág. 171.

—Con eso nos entreteníamos,—añadió el Prior de San Jorge.

—¿Y vieron—repuso el Conde—el por qué tienen rabo los israelitas? La explicación está dos hojas adelante.

—Aquí está,—dijo Silva. Y leyó:

«*Los judíos de las colillas ó rabillos en el fin del espinazo son descendientes por línea recta de aquellos que eran maestros entre ellos, á quien llamaban Rabíes, y acá llamamos Rabinos; éstos se sentaban á juzgar, y hoy se sientan á enseñar su ley, como maestros y jueces; y para pena suya, y que no puedan estar sentados sin trabajo y penalidad, les sale aquel rabillo en las asentaderas.*»

Me parece que el Sr. Bartolomé está con mala sombra...—dijo el Conde.—Pero observe nuestro amigo que su padre no incurre en nuestra crítica. A un traductor solamente se le exige fidelidad en la versión...

—Mi padre, Sr. Conde,—dijo Bartolomé,—no pide disculpa por haber hecho un servicio á la Religión. *Á los judíos* fué á los que no hizo favor, traduciendo este religioso libro, de que estos señores se están zumbando.

Y al proferir Bartolomé las palabras *á los judíos*, clavó los ojos con marcada intención en Antonio José de Silva.

. . . . . .

Quince días después, el 6 de Agosto de 1726, fué detenido el poeta por los familiares del Santo Oficio, y encerrado en las cárceles de la Inquisición.

Como el Prior de San Jorge fué reducido á prisión en el mismo día, conocieron bien todos los amigos de ambos de dónde procedía la denuncia. El Conde de Ericeira, Juan Méndez de Silva, el anciano contador Diego Barros y otras muchas personas de cuenta comenzaron inmediatamente á influir con los inquisidores en favor del calumniado joven, haciendo llegar á sus oídos la causa del rencor de Lobo Correa.

Mucho sirvieron al acusado las informaciones de tan poderosos amigos, y las muestras de simpatía y afecto de que era objeto Silva en todas partes pusieron muy en su favor á los inquisidores.

Mas por desgracia, la madre del poeta, Lorenza Coutinho, era de raza judía; se sospechaba que pudiera mantener en su familia recuerdos de la antigua creencia; y aunque nada se justificó que indicase falta de ortodoxia, ni de prácticas contrarias al cristianismo en la casa de aquélla, creyeron de necesidad los señores del tribunal de la Fe depurar el hecho, y sometieron á cuestión de tormento al procesado, que conservó para todo el resto de su vida las señales del tornillo en sus desfigurados pulgares.

Fué absuelto el desventurado Silva; abjuró *de levi,* y con expresiva recomendación de los inquisidores para que se dedicara al estudio de la doctrina cristiana, volvió triste y meditabundo al seno de su atribulada familia.

Recobrando poco á poco la salud y la tranquilidad de ánimo, se dedicó el escritor á sus negocios del foro, guardando la más rigurosa observancia de las

prácticas religiosas, y sin que su conducta ofreciera nada digno de censura, hasta la época en que el Calificador del Santo Oficio recogió estos informes secretos.

La denuncia de Lobo Correa no tuvo por entonces otros resultados; pero por ella Antonio José de Silva fué sometido á tormento, y el P. Luis Alvarez, prior de San Jorge, salió desterrado de Lisboa.

En los libros de la Inquisición quedó Silva apuntado desde entonces como sospechoso de judaísmo.

PARTE SEGUNDA

I

Muchos meses después de haber vuelto á su casa, apenas salía de ella Antonio José de Silva. Fuera por la vergüenza de haber salido al auto de fe, fuera por temor de dar pábulo á nuevas sospechas, ó por acceso de misantropía, nada extraño en hombre de su imaginación y de su carácter después de la prisión y el tormento, es lo cierto que huía el trato de sus antiguos compañeros, nunca se presentaba en público, y aun dentro de su misma casa pasaba varias horas encerrado en su habitación, sin más compañía que sus libros, reducidos á pocos volúmenes de poesía y muchos de devoción, de obras ascéticas, vida de santos y expositores bíblicos.